

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

46

ALCIDES ARGUEDAS
PUEBLO ENFERMO
(fragmento)



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

ALCIDES ARGUEDAS
PUEBLO ENFERMO
(fragmento)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

ALCIDES ARGUEDAS (1879-1946), escritor y sociólogo boliviano. Es una amarga expresión e hijo de la generación resentida por la derrota que, junto con el Perú, sufriera Bolívar en su guerra contra Chile en 1879. Guerra mas dura para Bolivia que perdió las tierras que le daban salida al mar. Los bolivianos, al igual que los peruanos se volverán sobre sí mismos, buscando en su realidad la explicación de su derrota. Los peruanos, como es el caso de Manuel González Prada, reivindicaron esa ineludible realidad de la que forma parte el indígena y, con la cual tendría que contarse para que no se repitiese el fracaso de la Guerra del Pacífico (Cf. LATINOAMERICA 29). Los bolivianos, en general se apoyan en las ideas positivistas de Comte, Taine y Le Bon. Tal es el caso de Arguedas, encontrando en el indígena la explicación del fracaso de la guerra. Una raza que impedía, dado su número, el que Bolivia se incorporase a la Civilización.

Pueblo Enfermo titula Alcides Arguedas al libro que publica en 1909; libro aplaudido en Europa por quienes veían en esta América a un conjunto de pueblos condenados a un eterno aprendizaje y coloniaje. Al sur de Bolivia había otro pueblo, la Argentina que había mostrado lo que tendría que ser hecho para ponerse fin a las lacras de un pasado que impedía la incorporación de esta América a la civilización. La Argentina había mostrado como podría ser vencida la barbarie. Había acorralado y eliminado a los cerriles indígenas, a los nómadas y una gran campaña encaminada a cambiar la sangre de estos pueblos mediante la inmigración de europeos. En este trabajo, del que publicamos unos fragmentos, resuena la prédica del argentino Domingo Faustino Sarmiento explicando, como lo hace después Arguedas, el origen de los males de América. (Cf. Sarmiento, LATINOAMERICA 27).

PUEBLO ENFERMO

Alcides Arguedas

PSICOLOGIA DE LA RAZA INDIGENA

“La distribución étnica de la población boliviana —dicen los autores del censo levantado en 1900— puede hacerse en cuatro zonas principales:

1a. La *indígena*.

2a. La *blanca*, descendiente de la extranjera, principalmente de la española.

3a. La *mestiza*, que es el fruto de las dos anteriores; y

4a. La *negra*, cuya proporción es bastante reducida”.

El término *raza*, usado así de modo tan categórico para determinar la ligera variación que existe entre los grupos pobladores del suelo boliviano, parece fuera de lugar, y mucho más si se tienen en cuenta las restricciones y reservas que hoy día suscita su uso por no conceptuársele categóricamente valorizado por la ciencia ni creer que determine de manera concreta sus alcances, pues —según Novicow— “nadie ha podido decir jamás cuáles rasgos establecían las características de la raza”.¹

En Bolivia, por ejemplo, salvo la extremada perspicacia de los autores de dicho Censo, no se sabría precisar, ni aun deslindar, las diferencias existentes entre las llamadas *raza blanca* y *raza mestiza*. Físicamente ambas se parecen, o mejor, son una. El *cholo* (raza mestiza), en cuanto se encumbra en su medio, ya es *señor*, y, por lo tanto, pertenece a la raza blanca. Ni aun en la color puede notarse esta diferencia, pues la color parece depender del clima exclusivamente. Los mestizos de las regiones de temperatura baja (La Paz, Oruro, Potosí) son morenos, acaso cobrizos, y de igual color son los *blancos*, salvo rarezas que forman la excepción; los de temperatura alta (Sucre, Cochabamba, Tarija, etcétera) son más blancos, pero esto no impide que los de cierta categoría *social* entren a formar parte de la raza *mestiza*; esto es, allí la calidad étnica de un individuo es la resultante de su figuración social. La clase predominante sobre las otras es la mestiza, y los mestizos no encuentran gran oposición cuando invaden el círculo arbitrario y convencional creado por un pequeño grupo que se considera superior en

¹ *L'avenir de la race blanche*

sangre, no porque la calidad de ésta sea distinta de la otra injertada, sino por la nominación, el solo distintivo que allí parece caracterizar esa diferencia que se pretende ver en la población indígena boliviana. Una familia X o Z, por ejemplo, salida de las clases bajas y mezclada a la que dispone de prestigio por serie de causas políticas o económicas llega a crearse una situación especial y de hecho entra a formar parte de las altas clases sociales, y su descendencia ya pertenecerá a la *nobleza* y aun no dejará de vanagloriarse por ello, siendo así que Bolivia, acaso menos que ningún otro pueblo, ha recibido poco contingente de sangre extraña. Su mediterraneidad fue causa de su no cruzamiento, y lleva mucha razón Onésimo Reclus cuando asegura que “una gran parte de este pueblo dicese de descendencia española, aunque en el fondo sea de origen indígena con poco o casi nada de *sangre azul* en las venas; la *sangre latina* no domina más que en Tarija...”

Para comprobar la verdad de esa aseveración no hay que recurrir a las estadísticas, hechas de ligero y muy arbitrariamente, sino al modo de ser colectivo, anormal, curioso, raro. De no haber predominio de sangre indígena, desde el comienzo habría dado el país orientación consciente a su vida, adoptando toda clase de perfecciones en el orden material y moral, y estaría hoy al mismo nivel que muchos pueblos más favorecidos por corrientes inmigratorias venidas del viejo continente. Esto es fácil de observar no sólo en Bolivia, donde una gran parte de la población ha conservado casi puros sus principales rasgos etnológicos, sino, y con mucha mayor razón, en pueblos sometidos por motivos de vecindad, o comercio, o cualesquiera otras causas, al influjo de otros de distinta conformación psicológica, que, en suma y según las tendencias de la mayor parte de los sociólogos modernos, parece ser el principal distintivo de las razas. En pueblos así, aunque persistan muchos de los caracteres propios al primitivo de sus manifestaciones de orden moral, son más coherentes y están mejor orientados. Ejemplos: Chile, Argentina, Uruguay.

Las causas del hibridismo y sus fatales consecuencias las ha señalado con bastante acierto un curioso tipo de estudioso inadaptado, natural de Santa Cruz de la Sierra, Nicomedes Antelo, cuya figura moral pintó con rasgos inolvidables otro tipo ilustre de esa tierra, René Moreno, hasta hoy la cumbre insuperada en la intelectualidad altoperuana y también reñido con su clima moral, todavía hostil a los hombres de estudio, de conciencia libre, o sea, sin prejuicios de religión, de patria o de fortuna, un poco desligado de estas cosas o de estas fuerzas, si se quiere.

Las razas, por otra parte y como lo han hecho notar Novicow, Lacombe, Colajanni, Finot y otros, han podido existir

puras en tiempos de la prehistoria; hoy, sea por la pacífica penetración, por conquista o cualesquiera otras causas, se han fundido, hecho una, por decirlo así, y sólo quedan resabios en sitios aún no invadidos por la actividad de los pueblos colonizadores, y su cultura es poco menos que rudimentaria. Evidente prueba de esto es, entre nosotros, por ejemplo, el estado cultural de los pueblos que más desarrollo alcanzaron entre los muchos pobladores de esa parte del continente: el quechua y el aymará. Los dos no sólo no han conservado la adelantadísima civilización que poseían en tiempos de la conquista, sino que la han perdido en absoluto, y bien que esta pérdida sea explicada por causas fáciles de establecerse no deja de sorprender que hoy día permanezcan irreductibles al contacto de otros pueblos y no guarden ni la más remota noción de sus instituciones.

Es, pues, entonces a este solo precio, es decir, al de considerar las *razas* sólo desde el punto de vista *psicológico* y para mayor facilidad expositiva, que, con pequeña variación, acepto la clasificación establecida por los autores del censo. Por consiguiente y variando el orden fijado, se ha de hablar, con alguna detención, de la raza indígena, raza pura y madre, y poco de las otras, especialmente de la negra y de la blanca, pues la primera, por su número, no juega papel activo en el conjunto, y la segunda, salvo detalles de orden moral, puede ser perfectamente incorporada a la mestiza.

Para proceder con orden y antes de entrar, someramente, en su análisis, necesario se hace publicar algunos cuadros estadísticos que hagan comprender y expliquen mejor lo que diga después, aunque los publico con natural desconfianza, porque es casi imposible determinar de manera rigurosa, en Bolivia, los resultados dependientes de un censo. El indio y aun el mismo cholo creen que los censos se levantan sólo para imponer obligaciones de carácter personal, y por eso su afán de esquivar toda ayuda a las operaciones censísticas, hechas siempre por cálculo y no por rigurosa observación. Esto origina el lenguaje ambiguo usado en documentos oficiales al determinar puntos de dependencia numérica y explica los saltos bruscos que se observan en el siguiente cuadro, no justificados por ninguna razón de orden normal, pero sí reveladores de la imperfección con que dichos censos se llevan a cabo:

DIVERSOS CENSOS

<i>Años</i>	<i>Habitantes</i>
1831	1.088,768
1835	1.060,777
1845	1.378,896
1854	2.326,126
1882	1.172,156
1900	1.816,271
1931	2.911,283
Indígenas	1.586,649
Mestizos	898,422
Blancos	426,212
Total	2.911,283

II

En la región llamada *interandina* vegeta, desde tiempo inmemorial, el indio aymará, salvaje y hurano como bestia de bosque, entregado a sus ritos gentiles y al cultivo de ese suelo estéril en que, a no dudarlo, concluirá pronto su raza.

La pampa y el indio no forman sino una sola entidad. No se comprende la pampa sin el indio, así como éste sentiría nostalgia en otra región que no fuera la pampa.

En esta región —ya se ha dicho— nada convida a las expansiones ni a la alegría. El alma se encierra en ella misma, busca en sus propios elementos refugio a sus afanes y aspiraciones. El maridaje entre el azul intenso del cielo y el gris barroso del suelo no incita al ensueño ni a la poesía. Se busca necesariamente el hogar, la comunión con la gente, se ansía el timbre de voz humana. El cielo, puro y limpio en los meses de invierno, cuando la aridez y desolación de la llanura son tremendas, se cubre de nubes bajas e informes en primavera, estación en que la llanura muestra, en partes, la simpática nota del verde; hay intercambio estacional sombrío, perverso, y dijérase haberse creado de intento esa región para que perpetuamente ofreciese visión desoladora. Allí lo único bello es el cielo; pero no a la claridad solar, sino de noche, cuando en el suelo, de lejos palpadea el fuego de los hogares indígenas y en el firmamento saltan a lucir los astros. Adquieran un brillo extraordinario y se presentan, en tal número, que los ojos, ávidos de contemplarlos, siéntense poseídos de vértigo. Al decir de Mr. Dereims, sólo el cielo del Africa, intenso, luminoso, puro, es comparable al de esa región. Tiene de día un azul que choca y hiere; de

noche, una oscuridad profunda y aterciopelada, y saltan en él claras, vibrantes, intensamente fúlgidas, las estrellas.

Siéntese el hombre en esa región abandonado por todas las potencias, solo en medio de un clima y un suelo inclementes; y este sentimiento, en todas partes generador de hábitos de sociabilidad y economía, allí, no sé por qué causas, separa y desune a los hombres, acaso porque en la dura labor del terreno hay que emplear gran perseverancia e inmensa energía para sacar mezquino fruto, fruto que se hace necesario economizar, consumir parcamente, si se quieren evitar las torturas del hambre canina, frecuentes desde tiempo inmemorial.

El aspecto físico de la llanura, el género de ocupaciones, la monotonía de éstas, ha moldeado el espíritu de manera extraña. Nótase en el hombre del *altiplano* la dureza de carácter, la aridez de sentimientos, la absoluta ausencia de afectaciones estéticas. El ánimo no tiene fuerza para nada, sino para fijarse en la persistencia del dolor. Llégase a una concepción siniestramente pesimista de la vida. No existe sino el dolor y la lucha. Todo lo que nace del hombre es pura ficción. La condición natural de éste es ser malo y también de la naturaleza. Dios es inclemente y vengativo; se complace en enviar toda suerte de calamidades y desgracias...

Tal es la ética que se desprende en una región así y entre hombres que han perdido lo mejor de sus cualidades; por eso la constante preocupación en éstos es aplacar, con prácticas curiosas, el enojo de Dios, ofreciéndole sacrificios, haciendo de manera que se muestre más clemente, más generoso...

Antes, cuando las grandes conquistas de los incas no se habían extendido todavía a esas zonas altas e inmisericordes, los naturales no adoraban —al decir del inca Garcilaso de la Vega— ningún dios, y vivían como bestias, guarecidos en cuevas, sin orden ni policía. Se mataban entre ellos sin motivo y su vida era de batalla perpetua, bien entre sí o con las tribus vecinas. Fueron los incas quienes les inculcaron nociones de divinidad y llegaron a aceptar fácilmente toda suerte de creencias, pues la rudeza de su vida, sus labores penosas, las injusticias que se veían obligados a soportar muchas veces predisponían su ánimo a aceptar un ser o potencia reguladora que distribuyese premios o castigos. Y cayeron en el fetichismo absoluto, pues llegaron a adorar toda clase de seres vivos o imaginarios, pero siempre sosteniendo la idea primordial de que la muerte era una especie de transición a otro estado más perfecto en que el hombre gozaría de toda clase de bienes. Y de semejante creencia ese su sistema de embalsamamiento, algo análogo al de los egipcios, y el afán de proveer al difunto de toda suerte de utensilios y cosas necesarias de regular uso.

De esta concepción procede también esa ausencia completa

de aspiraciones, la limitación hórrida de su campo espiritual. Nada se desea, a nada se aspira. Cuando más anhelase la satisfacción plena de las necesidades orgánicas, y entre éstas, la principal, antes que el amor, el vino. El alcohol es lujo en esos hombres. Quien tiene, bebe; esto es lógico. Y, al fin hombres, la vanidad posesiva es particularidad suya también.

Las pasiones no alcanzan su intensidad máxima. Se ama, se aborrece, se desea, pero con moderación. Jamás se llega a la exaltación pasional. El lenguaje afectivo es parco, pobre y frío; la mujer seduce, pero no hasta el extremo de conducir al sacrificio.

Consiguientemente, el arte no nace viable, ni menos seduce por su exterioridad armónica. La llanura de la sensación del infinito, de lo enorme, de lo inconmensurable. La línea recta predomina, y pues no hay visión esplendente y reconfortante de paisajes variados y comunicativos, y además la atención toda está embargada por el grave problema de la nutrición, el espíritu permanece impassible, acaso frío, y jamás vibra ni se exalta hasta crear la armonía de la curva o la frondosidad sonora de la frase. Es un arte rudimentario, tosco, en que las proporciones desaparecen y se impone la línea recta y rígida: así Tiahuanacu.

La música, igualmente, sólo se sostiene en el tono menor y es monótona, gimiente, melopeica: un sollozo interminable.

La conformación física de esta región solemne y desolada ha impreso, repito, rasgos duros en el carácter y constitución del indio.

De regular estatura, quizá más alto que bajo, de color cobrizo pronunciado, de greña áspera y larga, de ojos de mirar esquivo y huraño, labios gruesos, el conjunto de su rostro, en general, es poco atrayente y no acusa ni inteligencia ni bondad; al contrario, aunque por lo común el rostro del indio es impassible y mudo, no revela todo lo que en el interior de su alma se agita. En ese conjunto de líneas ásperas, de angulosidades acentuadas, encuéntrase algunas veces, y en ciertos sitios líneas más suaves, más puras y tez más clara, conforme se va saliendo de estas regiones altas y entrando a climas mejores y más clementes. Ya en los valles la misma raza adquiere aspecto simpático; se ven rostros graciosos, y hasta bonitos, en las mujeres.

Su carácter tiene la dureza y la aridez del yermo. También sus contrastes, porque es duro, rencoroso, egoísta, cruel, vengativo y desconfiado, cuando odia. Sumiso y afectuoso, cuando ama. Le falta voluntad, persistencia de ánimo y siente profundo aborrecimiento por todo lo que se le diferencia.

Su vida es parca y dura, hasta lo increíble. No sabe ni de la comodidad ni del reposo. No gusta placeres, ignora lujos. Para

él ser dueño de una ropa llena de bordados con la que pueda presentarse en la fiesta del pueblo o de la parroquia y embriagarse lo mejor que le sea permitido y el mayor tiempo posible, es el colmo de la dicha. Una fiesta le parecerá tanto más lucida cuantos más días se prolongue. Bailar, beber, es su sola satisfacción; no conoce otras. Es animal expansivo con los de su especie; fuera de su centro, mantiénese reservado y hosco. En su casa huelga la miseria absoluta, el abandono completo. En la casa del indio no hay nada sino suciedad, y es —según una nota anónima consignada en la citada *Estadística*— “una miserable y pequeña choza hecha con barro, piedras y con techadura de paja. Dentro de esta lóbrega y deseada habitación vive toda una familia, en la que se recoge por la noche recostándose sobre la desnuda tierra o sobre vellones de cordero carcomidos. En toda la extensión de la República se ven ranchos de indios diseminados por los campos, por los montes, por los valles y quebradas, en terrenos pertenecientes, en su mayor parte, a los señores propietarios”.

Resignada víctima de toda suerte de fatalidades lo es desde que nace, pues muchas veces, como las bestias, nace en el campo, porque el ser que lo lleva en sus entrañas labora las de la tierra dura, expuesto al frío que abre grietas en los labios y agarrota los dedos, imposibilitando manejar las herramientas de labranza. Allí en la alta meseta, a los 3 700 y tantos metros sobre el nivel del mar, no siempre el sol calienta, por mucho que luzca en todo su esplendor. El viento sopla incansable y viene trayendo todo el horrendo frío que duerme en las cumbres perpetuamente nevadas de los Andes; y es a ese frío, a ese viento, a ese sol radioso en invierno, pero *frío*, que las madres indias exponen a sus hijos recién nacidos, colgándoselos de sus senos con una tira de lienzo que se pasan por las espaldas y mirándolos como retazos de carne animada que gruñe y huele mal. Cuando apenas el niño puede sostenerse sobre sus gordíflonas piernas comienza a utilizársele, porque el indio trabaja desde los dos años hasta que revienta. Se le deja encerrado en los patios de las casas, junto con las gallinas, los conejos y las ovejas recién paridas; y en su compañía, apartando a los unos que se les meten bajo las piernas; luchando con los otros que amenazan picotearles los ojos y les roban, en leal combate, su almuerzo, compuesto de un puñado de maíz tostado; revolcándose en sus propios excrementos y en el de los animales, alcanzan los cuatro o cinco años de edad, y es cuando comienzan a luchar con la hostil naturaleza pastoreando diminutos rebaños de cerdos, junto a las lagumllas de aguas podridas. Sin más abrigo que la burda camisa de lana abierta por delante y por detrás y ceñida a la cintura con una sogá; protegida la cabeza de larga greña por un gorro hecho andrajos y que sirve de pa-

ñuelo de sonarse; desnudos los pies, ennegrecida, sucia la vulgar cara por muchas capas de sudor y polvo petrificado y percutido, véseles perseguir a los cerdos que se apartan del hato lanzando agudos chillidos. Y desde que sale el sol hasta que se pone, solos en medio de la pampa triste, se la pasan contemplando la naturaleza agreste del país, en quietud momiesca.

Más tarde, sus *ocupaciones* se doblan. Ya son pastores de ovejas y tienen *obligación* de llevar su ganado a los cerros donde verdea la paja recién salida o a los pantanos donde las gaviotas anidan. Allí se hacen prácticos para distinguir, en fuerza de trajinar, las aguadas que en su fondo ocultan el cieno y son especie de cisternas, donde si se cae pocas veces se sale con vida, de las que corren sobre un suelo firme, y van provistos de sus *quenas* y de sus *sicus*² para aprender a modular los melancólicos aires de la tierra y a ponerse en contacto íntimo con la naturaleza, que después ya para ellos no tiene ningún encanto. Entonces se sirven de la honda, no como objeto de recreo, sino como arma de combate. Y comienza a ser hombre, a saber que la vida es triste y a sentir germinar dentro de sí el odio contra los blancos, ese odio inextinguible y consciente, porque nace de la crueldad que éstos usan con los suyos. Se hacen supersticiosos oyendo narrar los prodigios que realizan los *yatiris*, personalidades extrarodinarias en comunión constante con los seres que pueblan el siniestro mundo de la fantasía... Luego, sus labores son aún más rudas. Guián al arado; trasortan, a lomo de burro, sus miserables mercancías y recorren distancias inverosímiles; se inician en el *pongueaje*; esto es, a servir de domésticos en la casa del patrón, donde refinan su gusto, adquieren ciertos modales y se enteran de la lengua castellana, que nunca la hablan.

Parco y frugal, el indio, cuando no tiene que comer, puede pasar días enteros con algunos puñados de coca y maíz tostado. Para dormir le basta el suelo duro, y si a mano encuentra una piedra utilizable a guisa de almohada, duerme sobre ella tranquilamente, teniendo por cobertor el inmenso horizonte del cielo. Siempre anda descalzo; sólo usa ojotas cuando el terreno es muy pedregoso, y nunca se queja de su aspereza, porque la costra que cubre la planta de sus pies es dura como casco de caballo. Calor, frío, todo le es igual; su cuerpo casi no es sensible a las variaciones atmosféricas. Andariego empecinado, la distancia no le acobarda ni para emprender sus viajes toma precauciones; sabe que ha de volver al punto de partida, y vuelve, sea cual fuere el tiempo transcurrido. Si no, es que algo le ha sucedido; seguramente el río se lo ha llevado, un to-

² Zampoñas

rrente lo ha cogido, o lo ha pulverizado una centella. La familia sólo se preocupa de recobrar los efectos perdidos, recuperar las bestias de carga, las ropas del difunto, su dinero, lo poco que haya podido dejar.

Amante del terruño, del retazo donde nació, jamás abandona su hogar, aun sufriendo en él toda clase de miserias. Si a orillas del lago ha nacido, oyendo los rumores del viento ha de morir; si el sol de los valles ha puesto fuego en sus venas, bajo ese sol ha de acabar sus días. Nunca uno que es del yermo se aviene con los trópicos, y si a ello se le obliga, le invade pronto una nostalgia sombría. Receloso y desconfiado, feroz por atavismo, cruel, parco, miserable, rapiñesco, de nada llega a apasionarse de veras. Todo lo que personalmente no le atañe lo mira con la pasividad sumisa del bruto, y vive sin entusiasmos, sin anhelos, en quietismo netamente animal. Cuando se siente muy abrumado o se atacan sus mezquinos intereses, entonces protesta, se irrita y lucha con extraordinaria energía.

La mujer observa la misma vida y, en ocasiones, sus faenas son más rudas. En sus odios es tan exaltada como el varón. No concibe ni gusta de las exquisiteces propias del sexo. Ruda y torpe, se siente amada cuando recibe golpes del macho; de lo contrario, para ella no tiene valor un hombre. Hipócrita y solapada, quiere como la fiera y arrostra por su amante todos los peligros. En los combates lucha a su lado, incitándole con el ejemplo, dándole valor para resistir. La primera en dar cara al enemigo y la última en retirarse en la derrota, jamás se muestra ufana del triunfo. Cuando crueles inquietudes turban la paz de su hogar no se queja, no demanda consuelo ni piedad a nadie y sufre y llora sola. Fuerte, aguerrida, sus músculos elásticos tienen la solidez del bronce batido. Desconoce esas enfermedades de que están llenas nuestras mujeres por el abuso del corsé y el desmedido gasto de perfumes y polvos. Sus nervios no vibran ni con el dolor ni con el placer. Engendra casi cada año y da a luz sin tomar precauciones y sin que jamás se disloquen sus entrañas, forjadas para concebir fruto sólido y fuerte. Hacendosa, diligente, emprende viajes continuos y va en pos de su caravana haciendo 40 o 50 kilómetros diarios, sin fatigas ni alarde.

La principal ocupación del indio aymará es la agricultura y la ganadería. El procedimiento que usa para el laboreo de sus campos es primitivo. No conoce ni se da cuenta de las modernas máquinas agrícolas; para él, el arado patriarcal es la última perfección mecánica. Ferozmente conservador, jamás acepta innovación alguna en sus hábitos y costumbres heredados. Es peor que el chino en este punto. Labora la tierra ruda, penosamente y tras esfuerzos inauditos; sólo cosecha algo de patatas, un poco de quinua y otro de cebada y *ocas*. La pro-

ducción de estos frutos no depende, como natural es suponer, del buen abono de los campos o de su calidad, sino, y no hay que olvidar semejante circunstancia, de las variaciones atmosféricas o cambios estelares. Para que una cosecha sea buena en la altiplanicie es necesaria la concurrencia de mil circunstancias dependientes exclusivamente del estado atmosférico. Si en determinados meses llueve mucho, la cosecha se pudre; si no llueve, se agusana; si hiela, se seca; si graniza, se pierde... Indispensable es que llueva poco y sólo en ciertos meses; que no hiele sino cuando ha madurado el fruto; que no granice, etcétera. Y como no siempre estas condiciones se reúnen, los malos años abundan, el hambre cunde y acrecienta ese malestar social, ya patente en ciertas regiones de Bolivia. Y el indio, ser débil, pobre e imprevisor, es la principal y única víctima de semejantes fatalidades meteorológicas.

Aún no se han olvidado las crisis agrícolas de 1898 a 1905. Las malas cosechas se sucedían con espantosa regularidad, año tras año, igual a las de la bíblica leyenda. Los indios, como no tienen la precaución de almacenar sus cosechas en previsión de malos años y sólo producen lo estrictamente indispensable, lentamente, con pasividad heroica, cayeron en vergonzante indignidad, hasta el punto de que, huraños como son, se vieron forzados a refugiarse en la ciudad en busca de trabajo, que no había y en último término a mendigar por calles y plazas, mostrando sus cuerpos enflaquecidos en largos años de privaciones. Hubo necesidad de crear la *olla del pobre*, es decir, dar de comer en las calles a los indigentes. Y no dejaba de ser chocante el espectáculo que por entonces ofrecía el país, pues mientras en unas localidades se morían de hambre y pagaban a dos francos el kilo de patatas, en otras la abundancia de artículos de consumo era tal que no sabía que hacerse de ellos. Las mismas clases bajas del pueblo dejaron de consumir el chuño, artículo de general uso en algunos departamentos, porque la carga de 46 kilogramos llegó a pagarse a 50 pesos, o sean, 100 francos; las clases ricas abastecían sus despensas con artículos traídos de Chile y el Perú... Fue la falta de lluvias lo que ocasionó semejante desastre, y dicha falta era atribuida por los indios a confabulaciones sobrehumanas. Aun los blancos de cierta categoría dijeron de maldiciones divinas, y los curas de pueblos y aldeas propalaron, entre sus ignorantes feligreses indios, enojos de Dios contra la decaída raza y su deseo de hacerla desaparecer por *inobediente*, *poco sumisa* y *poco obsequiosa*. Y todos, en el colmo del asombro y la consternación, preguntábanse por qué el cielo, antes generosamente pródigo en lluvias, permanecía ahora seco e inclemente; por qué el lago Titicaca, abundante en pesca, disminuía de caudal y se retiraba poco a poco en franco deseo de evaporarse o consumirse. Y

pocos se acordaban de que desde que la pampa es pampa, y el indio indio, nadie se ha preocupado de renovar la escasa vegetación de la puna, desaparecida por cientos y cientos de años de ser rumiada por ovejas, bueyes, llamas y asnos, y jamás cultivada ni menos renovada artificialmente; que la desvegetación trae falta de condensación y que un campo desnudo y constantemente removido por patas de bestias y acero de arado no produce nada, ni siquiera vapor de agua, y que las lluvias son sinónimo de verdura, de remansos, de superficies líquidas, en fin. Tenerlas abundantes no es cuestión sino de estancar las aguas de los ríos que surcan la vasta altiplanicie, reglar el pastoreo, formar lagos artificiales y, por último, sembrar pastales apropiados al clima, todo lo que recientemente se va haciendo en estos días.

Dichas veleidades atmosféricas no las toma el indio como fenómeno natural emanado de leyes físicas, sino como resoluciones divinas a las que no es posible oponer resistencia alguna, y menos, por consiguiente, remedio.

Es supersticioso y crédulo; lo que sus *yatiris*³ predicen ha de suceder fatal e irremediamente. No sabe determinar de manera lógica su respeto y sumisión a los hombres superiores o a las divinidades. Su concepción del Dios cristiano es en absoluto fetichista y no deja de adorar ciertas fuerzas inconscientes que juzga todopoderosas, sin escapar a una especie de fatalismo desconsolador, el cual emana, más que de la esencia de sus primitivas creencias, de ese *Dios lo quiere* de sacerdotes poco escrupulosos y diestros en domeñar la raza y conseguir así beneficios personales. Se puede asegurar, por punto general, que el indio no tiene creencias determinadas. Venera un retazo de carne podrida dejada por un *yatiri* a la vera de un camino, e igual fervor siente por la bestia que juzga propicia a sus destinos e intereses. Los objetos o seres que despiertan su superstición varían según las regiones, e ignoro si conforme éstas se hallan más o menos alejadas de los centros adelantados. La gaviota, por ejemplo, en las regiones de Araca —pequeño cantón distante unos 150 kilómetros de La Paz—, es ave sagrada y nadie atentará contra su vida, so pena de provocar malas cosechas. Tan grande es el respeto por estos animales que han llegado a formar plaga por su abundancia. Son dóciles, confiados del hombre. En tiempos de labranza siguen tras el surco abierto por el arado en busca de gusanillos, como si estuvieran domesticados, y hasta se aventuran a posarse sobre las astas de los toros, y los indios labradores los apartan respetuosamente con el pie para evitar hacerles daño. En el lago Titicaca, distante algunas horas de camino de la misma ciudad, los mo-

³ Adivinos.

radores de la costa no creen lo mismo de dicha ave y la persiguen, tenaces y crueles, sin provecho alguno, porque cuando el indio siente antipatía por un animal que juzga dañoso a los sembrados o a la salud de su alma es vengativo con él.

Sojuzgado, pues, el indio por diferentes creencias contradictorias, enteramente sometido al influjo material y moral que sus *yatis*, de los curas, patronos y funcionarios públicos, su alma es depósito de rencores acumulados de muy atrás, desde cuando encerrada la flor de la raza, contra su voluntad, en el fondo de las minas, se agotará rápidamente, sin promover clemencia en nadie. Y ese odio ha venido acumulándose conforme perdía la raza sus caracteres y rasgos predominantes y aumentaba en el dominador la confianza en sus facultades dominatrices. Hoy día, ignorante, maltratado, miserable, es objeto de la explotación general y de la general antipatía. Cuando dicha explotación, en su forma agresiva y brutal, llega al colmo y los sufrimientos se extreman hasta el punto de que padecer más sale de las lindes de la humana abnegación, entonces el indio se levanta, olvida su manifiesta inferioridad, pierde el instinto de conservación y, oyendo a su alma repleta de odios, desfoga sus pasiones y roba, mata, asesina con saña atroz. Autoridad, patrón, poder, cura, nada existe para él. La idea de la represalia y del castigo apenas si le atemoriza y obra igual que el tigre de feria escapado de la jaula. Después, cuando ha experimentado ampliamente la voluptuosidad de la venganza, que vengan soldados, curas y jueces y que también maten y roben... ¡no importa!

Y efectivamente, van.

Van soldados bien municionados; fusilan a cuantos pueden; roban, violan, siembran pavor y espanto por donde pasan. A los escapados en la matanza los cogen y, cargándolos de cadenas y barras, conducenlos a la capital frente a abogados y jueces bien leídos, cuya ocupación consiste en desplegar todo el fastuoso aparato de sus códigos; los encierran en oscuros calabozos, para sacarlos de vez en cuando bajo la vigilancia armada de soldados, instruídos de tirar al bulto en cuanto noten en ellos conato de liberación, y los hacen trabajar diez horas al día, dándoles alimentación suficiente para sostener en punto sus cuerpos enflaquecidos por tantas privaciones...

Esto ha sucedido hace más de treinta años, con ocasión de la guerra civil que conmovió tan de raíz la vida nacional.⁴

Provocada en La Paz la revuelta dicha *federal*, buscaron los insurgentes federalistas apoyo indirecto en la clase indígena, la cual, inconsciente y sin comprender de lo que se trataba, prometió prestar servicios en lo que pudiera y fuera de su alcance.

⁴ 1898-1902 (L.A.S)

Fiel a su promesa, apenas llegadas las tropas constitucionales a las inmediaciones de la ciudad insurreccionada comenzaron a exigir elementos comestibles a los indios, quienes, más avisados, habían ocultado una parte de sus cosechas y vendido la otra en los mercados de La Paz y se encontraban imposibilitados de verdad para prestar los auxilios pedidos. Creyendo que esta negativa envolvía más bien acto de hostilidad, ordenóse contra los indígenas persecución sangrienta. Todos los rigores se pusieron en juego para atemorizarlos y convertirlos a una causa que no era la suya. Arrasaron sus viviendas, destruyeron sus campos, hicieron tabla rasa en muchas leguas a la redonda, sin descuidar de echar simiente de nuevas generaciones, cultivo de la raza, y, si se ha de dar crédito a lo consignado en los boletines que por ese entonces circulaban con profusión, dichas tropas ensayaban su destreza en el manejo de las armas descargándolas sobre blancos movibles, y de blanco hacían los indios, y gustaban de las caídas que daban y de las muecas que el dolor de perder la vida dejaba impresas en sus rostros ennegrecidos; y todo esto no tanto por maldad, sino por instinto de imitación, pues cuentan antiguas crónicas que nuestros buenos padres los *chapetones* tenían especial cuidado en ensayar el temple de sus toledanos estoques introduciéndolos en el cuerpo de los gentiles e irracionales .

Los indios, aterrorizados, buscaron ocasión de venganza y la encontraron propicia en la derrota de una fracción del ejército constitucional en la "heroica acción" de Ayoayo. Los derrotados refugiáronse en el templo del lugar, absolutamente convencidos de que los perseguidores indígenas respetarían la santidad del sitio y la calidad de los refugiados, entre los que había dos sacerdotes; pero los salvajes dieron fin con ellos, cruelmente, sin piedad para nadie, y menos por los representantes de Dios, degollados sobre la piedra del altar. Cundió en el resto de la clase indígena de la región la noticia de esta matanza, y, seducida por el ejemplo, pensó llegado el instante de sacudirse la tutela aplastante de la raza mestiza y vengar su larga esclavitud. Púsose sobre las armas, nombró jefes y, aprovechando la imprudente confianza del jefe de un escuadrón de montoneros que merodeaba por apartadas regiones en busca de gente, armas y dinero para servir "la sagrada causa de la revolución", desarmaron a los cientos y más hombres de que contaba. Estos, al presentir el peligro, buscaron, como los sacrificados en las pampas de Ayoayo, refugio en el templo del Cantón Mochoza, pero sufrieron, los infelices, la misma suerte que aquéllos. fueron asesinados con saña atroz, en medio de los alaridos feroces de la turba ebria. Necesariamente vino la reacción, y en los desmanes que se ejercitan a raíz de un hecho de esta índole, odiosos por su rigor, pero justificados, hasta

cierto punto, tomaron los blancos irritada venganza contra los indios de la región convulsa. Fusilaron a cuantos pudieron, y muchos, más de ciento, fueron conducidos a la cárcel, donde los emplearon en rudas labores durante los siete años que duró el proceso. Años después la corte superior de La Paz fallaba en apelación este proceso, y a pesar de consignar en sus *considerandos* que “la sublevación de la raza indígena tuvo lugar a consecuencia del estado anormal en que se colocó el país en 1898”, condenó a pena capital diez revoltosos y a dieciséis a la misma pena, pero “con sorteo”.

Y volvió a caer, vencida, laza. Y hoy, sumisa, resignada, triste, soporta sin quejarse la odiosa servidumbre que hacen pesar sobre ella los mismos encargados de redimirla, como son los frailes, los funcionarios públicos y los patrones.

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos
se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A.
Avenida 102, México 13, D. F. en septiembre de 1979
Se tiraron 10 000 ejemplares

TOMO IV:

31 John L. Phelan, EL ORIGEN DE LA IDEA DE AMERICA. 32. José Gaos, ¿FILOSOFIA "AMERICA"? 33. Ezequiel Martínez Estrada, LA LITERATURA Y LA FORMACION DE LA CONCIENCIA NACIONAL. 34. José Carlos Mariátegui, ¿EXISTE UN PENSAMIENTO HISPANOAMERICANO? 35. João Cruz Costa, EL PENSAMIENTO BRASILEÑO. 36. Simón Rodríguez, DEFENSA DE BOLIVAR (fragmento). 37. María Elena Rodríguez de Magis, LATINOAMERICA EN LA CONCIENCIA ARGENTINA 38 Antonio Caso, MEXICO Y SUS PROBLEMAS. 39. Augusto Roa Bastos, IMAGEN Y PERSPECTIVAS DE LA NARRATIVA LATINOAMERICANA ACTUAL. 40 Bernardo Monteagudo, ENSAYO SOBRE LA NECESIDAD DE UNA FEDERACION GENERAL ENTRE LOS ESTADOS HISPANOAMERICANOS.

TOMO V:

41 José Figueres, LA AMERICA DE HOY. 42. Juan Bautista Alberdi, SOBRE LA CONVENIENCIA DE UN CONGRESO GENERAL AMERICANO. 43. Guillermo Francovich, SOBRE EL PORVENIR DE LA CULTURA BOLIVIANA. 44. Diego Portales, CARTAS SOBRE CHILE. 45 Frank Tannenbaum, ESTADOS UNIDOS Y AMERICA LATINA.



RECTOR

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea.

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Leonel Pereznieta Castro

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

Lic. Elena Jeannetti Dávila

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

Dr. Efrén C. del Pozo.